

El ensayo español en la Argentina

España en Hispanoamérica

El tema de la influencia que España, sus ideas y su literatura ha ejercido en la cultura argentina, cuenta con obras que han considerado muy bien esta trayectoria. Rafael Alberto Arrieta se ocupó de su desarrollo durante el siglo XIX¹. Arturo Berenguer Carisomo lo continuó casi hasta nuestros días² y Emilia de Zuleta lo desarrolló en una obra exhaustiva, que particularizó esta influencia a través de las publicaciones periódicas y de los más relevantes acontecimientos de la vida cultural de ambos países. Podríamos afirmar que, después de esta última obra, poco es lo que se puede agregar al tema³.

Nuestro objetivo, ahora, es ahondar en un aspecto particular de aquella influencia: la que se advierte en la literatura de ideas, más precisamente, en el ensayo. Tanto en España como en nuestro país, la importancia del ensayo, especialmente el contemporáneo, no es inferior al de la literatura de creación —verso y prosa— y en lo que se refiere a nuestro tiempo, el del siglo XX, bastaría mencionar nombres como los de Unamuno, Maeztu, Mallea y Borges, para que se nos imponga el interés del tema.

Hemos hecho un gran esfuerzo para limitar el desarrollo de nuestro asunto, tal es la riqueza de los testimonios sobre España —y tanto cuentan los elogios como las críticas— que los escritores argentinos han acumulado en lo que va del siglo. Como viajeros, en primer lugar, y luego como observadores o estudiosos de España y su cultura.

En este aspecto, la contribución argentina completa el repertorio, también rico y variado, de los escritores de otros países hispanoamericanos, en prueba de la relación que hay entre nuestra América y España, por encima de los ocasionales e inevitables desencuentros que se han producido muchas veces.

¹ Rafael Alberto Arrieta: *La literatura argentina y sus vínculos con España*. Buenos Aires, Editorial Uruguay, 1957.

² Arturo Berenguer Carisomo: *España en la Argentina: Ensayo sobre una contribución a la cultura nacional*. Buenos Aires, s.e., 1952.

³ Emilia de Zuleta: *Relaciones literarias entre España y la Argentina*. Madrid, *Cultura Hispánica*, 1983 y «*Las interrelaciones literarias entre la Argentina y España*». *Boletín de literatura comparada*, Mendoza, IX-X, 1984-1985, págs. 59-80.

No adoptaremos dicho enfoque, que es una tarea por realizar y para la cual se han hecho aportes interesantes a cargo de autores hispanoamericanos, como por ejemplo, y para citar un caso, el peruano Estuardo Núñez con su *España vista por viajeros hispanoamericanos*⁴. Por lo tanto, no vamos a ocuparnos ahora de los viajeros y, como parte de un estudio más general de las relaciones intelectuales entre España y América, nos limitaremos sólo al ensayo, es decir, a la expresión literaria de las ideas sin el atuendo de la ciencia. Ensayos, por otra parte, escritos por autores que no sólo han sido ensayistas de un modo principal, sino también poetas, novelistas, críticos literarios, filósofos o periodistas que han unido las ideas y la literatura mediante el género del ensayo.

No pretendemos, tampoco, hacer una clasificación estricta de los ensayistas, ni mucho menos definir los fluctuantes y opinables límites del género. Sólo nos ha interesado lo que han pensado ciertos argentinos, luego de conocer y leer la obra ensayística de los españoles de nuestro tiempo. Creemos, finalmente, que establecer, aunque fuera en su generalidad, la índole del impacto español en el desarrollo del pensamiento argentino es una tarea del máximo interés para la historia de las ideas y la cultura argentina e hispanoamericana.

Pero no sólo hemos considerado una parcela o capítulo de las relaciones intelectuales; también nos hemos reducido a un grupo de estos ensayistas y dejado de lado a muchísimos otros que completan el panorama, sin duda, pero a los cuales no podemos ahora tratar en razón de los límites de nuestro trabajo.

El modernismo: Manuel Ugarte

En toda la América hispánica, la derrota de España en la guerra contra los Estados Unidos y el surgimiento de un espíritu de regeneración para superar la decadencia nacional despertó viejos sentimientos de fraternidad y detuvo el anti-hispanismo que había primado en el siglo XIX a impulsos de la admiración excesiva por Francia e Inglaterra. El viaje a España de Rubén Darío es, como se sabe, un símbolo de esta aproximación y los escritores argentinos que surgían en el clima del modernismo —con excepción de Leopoldo Lugones— pronto volvieron la vista al ejemplo de la literatura española y, en particular, del ensayo, que servía de instrumento expresivo a la revolución ideológica española.

Ignacio Zuleta, en la obra que dedicó al estudio del modernismo, estableció con claridad la índole de la relación que este movimiento anudó entre España y América.

...El modernismo fue un vínculo que amalgamó en lo histórico y político voluntades inicialmente acordes en el plano estético. Por otro lado, este encuentro del modernismo ultramarino con la Península fue el punto de partida de un proceso de unificación hispánica, tampoco bajo el signo exclusivo de lo estético, que a lo largo del siglo XX no ha cesado y en el cual las consecuencias de la mutua implicación de las historias nacionales no han dejado de verificarse.⁵

⁴ Estuardo Núñez, *España vista por viajeros hispanoamericanos*. Madrid, *Cultura Hispánica*, 1985.

⁵ Ignacio Zuleta, *La polémica modernista: El modernismo de mar a mar (1898-1907)*. Bogotá, *Instituto Caro y Cuervo*, 1988, pág. 35.

Señala Zuleta que la integración hispanoamericana alcanzó un «estado de conformidad en todas las conciencias ilustradas». Se comprende, pues, que un argentino como el poeta, ensayista y político Manuel Ugarte, que hacia finales del siglo XIX se había ido a vivir a París, en el marco del movimiento definido bajo la guía de Darío, cediera en su entusiasmo por Francia y, en octubre de 1902, viajara a España.

Ugarte, como algunos miembros de la llamada «generación del 1900» —integrada, entre otros, por Lugones y José Ingenieros—, era modernista en literatura y socialista en política; rechazaba de España lo que consideraba conservador y opuesto al progreso, pero se entusiasmó porque en ese país, que vivía «su hora de pesadumbre», se advertía el comienzo de una renovación literaria y política. Unamuno era su paradigma, pero también lo sorprendieron la modernidad y el espíritu de apertura de figuras como Galdós, Adolfo Posada, Rafael Altamira, Blasco Ibáñez, Juan Ramón Jiménez, Gregorio Martínez Sierra, Antonio y Manuel Machado, Ramiro de Maeztu y Ramón Pérez de Ayala. Ugarte, sin embargo, pensaba que esta renovación debía mucho a la influencia francesa, que él estimaba sobremanera.

En Ugarte, la preocupación socialista teñía sus opiniones sobre todo lo español y a pesar del reconocimiento de las actitudes progresistas que advirtió en las personalidades mayores, su interés estaba en la juventud, cuyas fuerzas para transformar el porvenir lo entusiasmaban.

En realidad, su relación con España fue crítica, sin mengua del afecto que siempre le manifestó, como cuando, en la primera juventud, asumió su defensa en la guerra contra los Estados Unidos. Además, el ataque al llamado «imperialismo yanqui» fue uno de los temas centrales de su vida política e intelectual y, en esa lucha, en la cual se habían formado los pueblos hispanoamericanos, era la única valla contra la infiltración anglosajona, que amenazaba con desvirtuar el carácter de aquéllos. Su definición era rotunda:

Para mí, como para todos los sudamericanos de origen español, España es una segunda patria. España es algo *mío*, que quiero y defiendo como si hubiera nacido en la Península.⁶

Como español de estirpe, precisamente, se sentía autorizado a criticar los defectos de la vida social y cultural de España, que, por otra parte, eran casi los mismos de Hispanoamérica. La crítica era un rasgo típico del carácter hispánico y lo probaban la tradición intelectual y los múltiples testimonios que, en el mismo sentido —en verdad, con mayor acritud y severidad— ofrecían las figuras más significativas de España.

Las ideas liberales y socialistas que comenzaban a cundir en España coincidían con la posición de Ugarte, pero su campaña, cada vez más vigorosa, en favor de la unidad hispanoamericana y en contra de las dictaduras que favorecían la penetración imperialista, era primordialmente un problema americano y no español y las simpatías que se le otorgaban, insuficientes.

⁶ Manuel Ugarte, «España y los sudamericanos». En su: *El arte y la democracia*. Valencia, Sempere, s.a., pág. 145.

En España, los esfuerzos intelectuales realizados por Menéndez Pelayo y Juan Valera y, más tarde, por Rafael Altamira y Adolfo Posada, en favor de una política internacional hacia Hispanoamérica, no lograban resultados prácticos. Mucho menos si ese hispanoamericanismo militante se teñía de socialismo, como en Ugarte. Tampoco entre los países hispanoamericanos existía esa solidaridad que él reclamaba, inútilmente, en España.

Ugarte opinaba que la vida intelectual española, con todos sus méritos, no había logrado el nivel superior que se esperaba, después de la reacción posterior al Desastre del 98. Sin embargo, había un movimiento poderoso para ampliar las bases sociales y populares de la actividad intelectual, y su entusiasmo por un Salvador Rueda, por ejemplo, se debía a las notas democráticas de su poesía.

Lector de los ensayistas españoles —Unamuno, Maeztu, Mariano de Cavia, Manuel Bueno, Gómez de Baquero—, Ugarte reflejó en sus escritos la voluntad transformadora, renovadora que éstos proponían, sobre todo a través de una prensa remozada. Además, volvió otras veces a España y participó de su vida intelectual. En Madrid se sintió como en su casa, con el regusto de la memoria de sus antepasados, y cuando la lucha por la unidad de Hispanoamérica contra el «imperialismo yanqui» lo llevó a recorrer y polemizar en las más diversas tribus americanas, su mensaje estuvo despojado de todo indigenismo o panamericanismo, porque su concepto de Hispanoamérica, que se basa, como dijimos, en la aceptación plena de la herencia hispánica, transformada y diversificada por la originalidad americana, nunca contradice sino que completa y amplía aquella tradición.

Este singular concepto integrador se reflejó en infinitos aspectos de su variada obra ensayística y lo redondeó en el libro de memorias, escrito casi al final de su vida:

...llevo a España en la emoción de todas las horas y todos los pensamientos. Hasta añadiría que, más que la quiero, la siento. Porque el querer puede ser fruto de la atracción momentánea, hasta del espejismo o la costumbre. Otra cosa es sentir, es decir, compenetrarse, contener una cosa como parte integrante, de la cual no podríamos, aun queriéndolo, desprendernos.⁷

Ricardo Rojas

Otro escritor argentino, cuya obra, en especial la ensayística, es coetánea con la de Ugarte y los modernistas, fue Ricardo Rojas, miembro de la llamada «generación del Centenario».

Preocupado por los peligros de una desnaturalización del espíritu nacional, a causa del cosmopolitismo de Buenos Aires y de la transformación social provocada por las masas de inmigrantes, Rojas buscó en la experiencia de la crisis española las ideas que reanimaran la raíz hispánica de la Argentina, cuya fusión con lo indígena pensaba que definía a nuestro país.

⁷ Manuel Ugarte, *La dramática intimidad de una generación. Madrid, Prensa Española, 1951, pág. 43.*